

VIAJE DE ESTUDIOS 2009

Desde el principio, ninguno de los que iba en el autobús, incluido yo, teníamos constancia de que el viaje sería más largo que un discurso de Fidel Castro.

Recorrimos innumerables pueblos y ciudades hasta hacer nuestra primera parada en una gasolinera, cerca de Valencia. De entre los incontables lugares que atravesamos, solo recuerdo el nombre de la ciudad de Crevillente, de los pueblos Petrer, Sax y la ciudad de Villena, famosos por sus respectivos castillos, y el pueblo de Fuente La Higuera, lugar de nacimiento de Vicente Rojo Lluch, general republicano de la Guerra Civil.

La siguiente parada se nos hizo, si cabe, aún más eterna. Recorrimos toda la provincia de Valencia (solo recuerdo la ciudad de Valencia y de Sagunto), entramos en Aragón y no nos detuvimos hasta llegar a la Provincia de Zaragoza, concretamente en la zona popularmente conocida como los Monegros de Aragón, por sus estepas interminables, donde no observamos ningún signo de vida animal o vegetal, durante la hora que le llevó al conductor atravesarla.



Creíamos que el viaje se nos haría más ameno con una película; uno de los viajeros llevaba un DVD, y como no la teníamos vista la pusimos; pero resultó ser más aburrida la película que la espera hasta el tercer alto.

(Consejo: no os gastéis el dinero en ver “Mal Ejemplo”, otros antes que tú la han visto y ahora solo quieren olvidar el recuerdo de tan pésima producción americana).

La noche cayó sobre nosotros justamente en Pamplona, capital de la Región de los Viñedos, a escasos 50 kilómetros de la frontera con el País del Vino y del Queso.



VIÑEDOS DE NAVARRA

Irún fue la última ciudad española que atravesamos hasta penetrar por el Pirineo Vasco a Francia, donde hicimos nuestro cuarto descanso para cenar en el pequeño supermercado de una gasolinera.

Los recuerdos siguientes me aparecen con lagunas; casi todos nos fuimos a dormir tras la cena, y aunque conciliar el sueño fue difícil para algunos, otros tuvieron la suerte de poder pasar la noche en un par de asientos. A los que les costó trabajo concebir la modorra, tuvieron que echarse al suelo del autobús.

Nadie llegó a dormir más de cuatro horas, y aún nos quedaba todo un día para llegar al Hotel Mercure y poder dormir en una auténtica cama, o sea, descansar como Dios manda. Serían sobre las siete cuando hicimos la última parada para desayunar, justo antes de llegar a París, de la que estábamos a solo media hora. Conforme íbamos entrando en la Ciudad del Amor, fue tal la excitación que sentíamos ante tan impresionante lugar, que sería imposible hasta para los más expertos escritores describirlo con palabras. Lo que más lamentábamos, es que no tendríamos tiempo de visitar los miles de museos, monumentos, plazas, jardines... de la capital gala.

Nuestra primera puesta en tierra parisina, fue sobre la carretera que iba paralela al río que cruza la metrópolis, el río Sena. ¡Ojala los murcianos tuviéramos una décima parte del Sena cruzando nuestra localidad!



Dimos un paseo para despertar al cuerpo, hasta detenernos en una pequeña plaza llamada La Plaza de San Miguel; desde donde se nos permitió, con total libertad e independencia, recorrer Paris durante una hora, para una vez cumplido ese tiempo, regresar al lugar indicado.



PLAZA DE SAN MIGUEL

Yo, junto con un par de amigos (uno de ellos ya había estado en la ciudad y por lo tanto conocía los lugares más interesantes), nos dirigimos hacia el Palacio de Luxemburgo, antigua residencia del rey. Sus jardines son tan grandes, tan exuberantes, verdes, frescos y están tan bien cuidados, que sentí un deseo incontrolado de perderme entre sus árboles; como si no me pesara el cuerpo, me sentía liviano y no me perturbaban las preocupaciones del mundo exterior.





Nuestro siguiente destino fue el Museo de Orsay, edificio dedicado a las artes plásticas del siglo XIX. Me llamaron mucho la atención los cuadros *Desayuno Sobre La Hierba* y *El Circo*, cuya primera impresión fue que lo habían hecho con arena (luego resultó ser que el pintor había empleado una técnica llamada puntillismo), y el que, a mí parecer fue el mejor de todos *El Dormitorio*, de Van Gogh. Otras obras como *Los Campos en Cordeville* (Van Gogh), *Las Espigadoras* de Millet, *Baile en el Moulin de la Galette* de Renoir me resultaron también muy interesantes.

Tras comer (cada uno donde quiso), fuimos dirección hacia el “Hogar de Quasimodo”, La Catedral de Notre Dame. Iniciada su construcción a mediados del siglo XII y terminada a mediados del siglo siguiente, su traducción es La Catedral de Nuestra Señora (de Paris), haciendo alusión a la Virgen María.

Su grandeza (el doble de grande que la Catedral de Murcia), su estructura y el perfecto estado en que se encuentra después de casi un milenio, la convierte en una de las catedrales de estilo gótico más impresionistas del mundo. Uno de los detalles que más

me agradó fue la Galería de los Reyes, formada por un total de 28 monarcas tallados en piedra, y encima de estos, la Virgen acompañada de dos ángeles. Quien sabía donde se ubicaba pudo ver la minúscula estatua de Quasimodo, en una esquina de la Catedral; yo tuve esa suerte.

El interior es tan magnífico como el exterior, las vidrieras que la componen son de tan vivos colores, que cuando el sol penetra por ellas el interior parece iluminarse, de tal manera que hay una explosión de gamas de rojo, verde, amarillo, azul...

Algunos compañeros se aproximaron al Mercadillo de las Flores, muy próximo al Palacio de Justicia (donde encierran lo peor de lo peor) y que, como ya indicaba su nombre, solo se vendía material floral. Su precio era excesivamente caro. Recuerdo haber visto el típico pino carrasco, que se encuentra a montones en el Coto Cuadros, por un precio cercano a los cien euros ¡y no medía más de 30 centímetros!

El resto de la tarde la pasamos, tras cruzar la enorme pista de hielo que había instalada en la Plaza del Ayuntamiento, frente al Museo de Arte Moderno Pompidou (decepcionados por no poder visitarlo, ya que está cerrado los martes).

A pesar de ello, nuestro primer día en París resultó inmejorable.



AYUNTAMIENTO DE PARÍS

Al día siguiente, nos dirigimos hacia Versalles, para visitar el Palacio y Jardines del Rey Luis XIV y de sus sucesores en la Corona de Francia, hasta Luis XVI y su esposa María Antonieta. Si nos fascinó el Palacio de Luxemburgo, el de Versalles cuadruplicaba su tamaño y hermosura. Eran los jardines más bellos que jamás habíamos visto. Sus fuentes, estatuas y lagos eran impresionantes. El lugar estaba tan bien cuidado que era imposible imaginar que las manos del hombre habían creado tal Edén. Para información de aquellos que lean esto, sabed que las residencias del rey y de la reina estaban separadas, el monarca tenía un palacio y su esposa otro. También es interesante que os cuente que la última reina de Francia, María Antonieta, sintiendo curiosidad por el modo de vida y el comportamiento de los no privilegiados, mandó construir dentro de los jardines una mini aldea para estudiarlos (como Jane Goodall y los chimpancés). En el interior del Palacio pudimos ver los aposentos reales, el lugar donde desayunaban y donde se resolvían problemas de Estado. Todos los pasillos estaban decorados con estatuas de antiguos soberanos de Francia y cuadros que mostraban a un famoso noble, general, antiguo rey o reina de Francia, una batalla ganada por el ejército francés o un hecho importante en su historia.



**PALACIO DE
VERSALLES**





JARDINES DE VERSALLES





ALDEA DE MARÍA
ANONIETA



DORMITORIO REAL



JUANA DE ARCO LIBERA
ORLEANS (GUERRA DE LOS CIEN AÑOS)



MARIA ANTONIETA

Tras la visita al Palacio, volvimos a París; donde pudimos tomar nuestra comida disfrutando del sol más radiante de todo el viaje, a los pies del símbolo de la moderna Lutecia, La Torre Eiffel (su subida se pospuso para el día siguiente).

Tras observar de lejos, muy a nuestro pesar, el espectacular Arco del Triunfo, un buen paseo durante más de una hora por los Campos Elíseos, nos abrió el apetito para la cena. Tras la cual (horrible, por cierto) regresamos al hotel, repletos de recuerdos.

TORRE EIFFEL

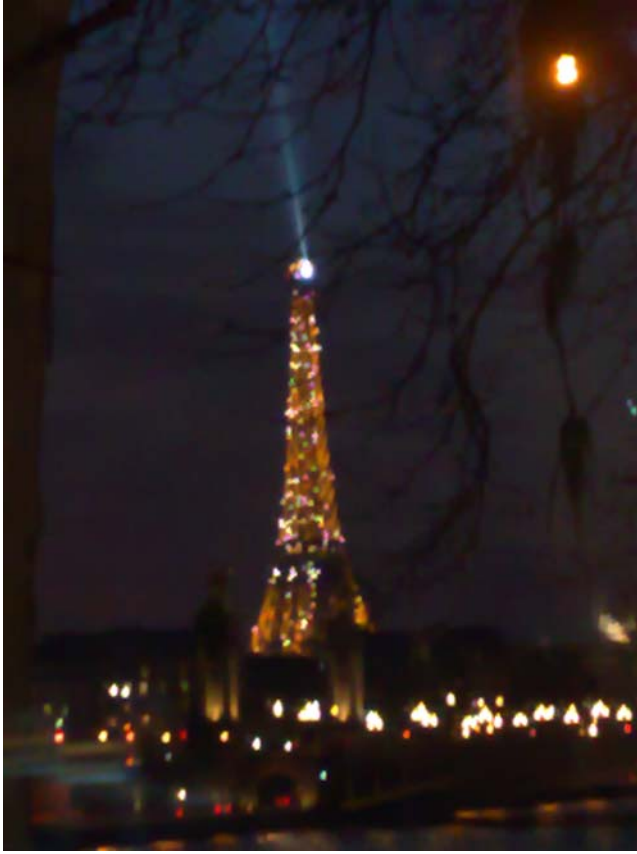




ARCO DEL TRIUNFO



CAMPOS ELÍSEOS



TORRE EIFFEL POR LA NOCHE

El tercer y último día en la ciudad, fue sin duda, el más completo de todos. Después de un abundante desayuno a base de croissant, zumo, leche, yogurt, cereales... partimos a París para visitar el señor de todos los museos del mundo, el Louvre. Allí, pudimos contemplar el famoso cuadro de Leonardo Da Vinci, La Gioconda; además de otras obras igual de célebres como Libertad Guiando al Pueblo, La Balsa de la Medusa o el Juramento de los Horacios. También vimos parte de la sala egipcia, helenística (antigua Grecia) y romana. Aún así, no habíamos recorrido ni la mitad, de la mitad, de la mitad del museo, pero el tiempo apremiaba y todavía quedaban por visitar otros lugares. La siguiente parada fue en el Sagrado Corazón, gigantesco edificio cristiano. El exterior estaba pintado completamente de blanco, más parecido al Taj Mahal que a una iglesia del siglo XIX. Allí pudimos comer, además de comprar souvenirs en las innumerables tiendas de sus alrededores.



MUSEO DEL LOUVRE



LA GIOCONDA



LIBERTAD GUIANDO AL PUEBLO



JURAMENTO DE LOS HORACIOS

SALA EGIPCIA



SALA HELENÍSTICA



SALA ROMANA



SAGRADO CORAZÓN

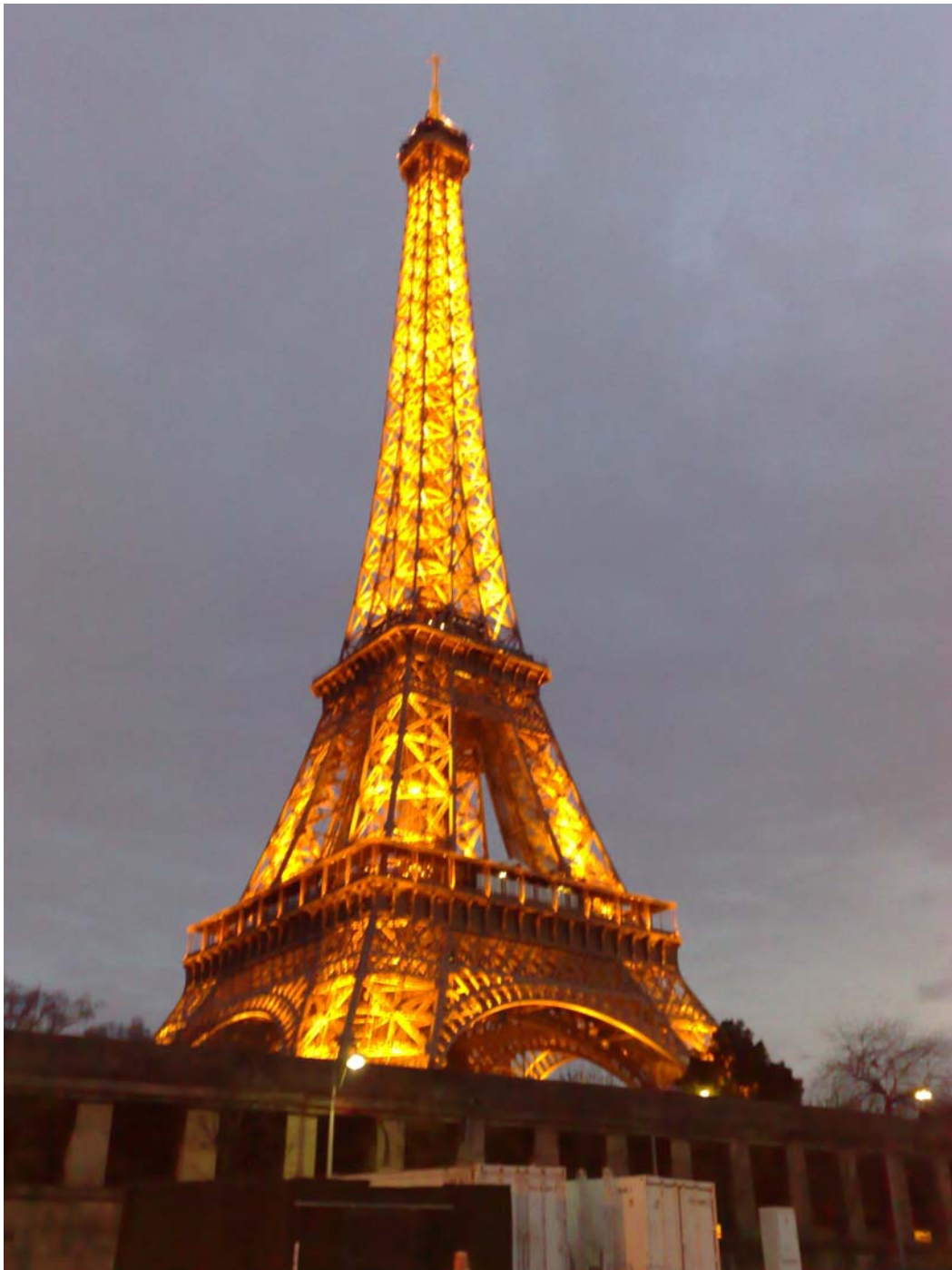


Más tarde, regresamos a la Torre Eiffel, esta vez con la intención de subir. En el viaje iba incluido el ascenso a la primera planta, pero casi todo nuestro grupo visitó la segunda e incluso llegaron a la tercera y última planta (más de trescientos metros de altura). Mientras subías, observabas que la torre era un entramado lio de vigas de hierro, colocadas con tanta precisión, que me dio la sensación de que la pérdida de un solo “hueso” de su estructura, podía provocar un efecto en cadena, cayéndose toda al suelo. Las vistas desde allí arriba eran sorprendentes; podías ver todo París y alrededores.

VISTAS DESDE LA SEGUNDA PLANTA



TORRE EIFFEL AL ANOCHECER



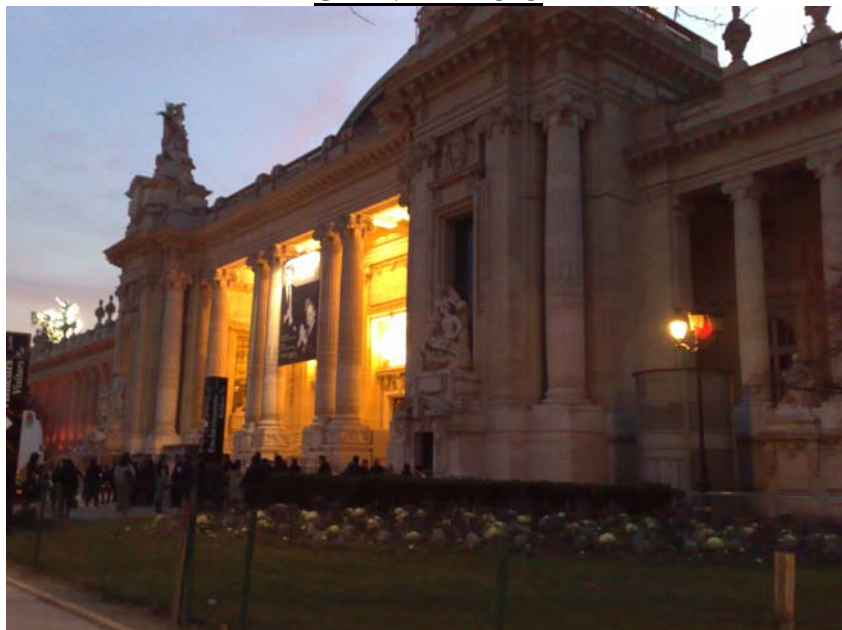
Un paseo en barco, por el río Sena al anochecer es, sin duda, una buena forma de acabar el día.

Después de cenar (no haré comentarios), realizamos una última visita por París, esta vez en autobús, por cuenta de los conductores (gracias); para ver aquellos sitios que no iban incluidos en el viaje (como Los Inválidos, donde está el cuerpo de Napoleón, El Pequeño y El Gran Palacio, La Asamblea Nacional, El Jardín de Tullerías, La Défense o La Columna de Juillet, entre otros).

PEQUEÑO PALACIO



GRAN PALACIO



Nuestro último día en Francia lo pasamos en Disneyland, uno de los parques de atracciones más famosos de todo el mundo. Desde la diez y media que entramos hasta la siete de la tarde, cada uno tuvo la total libertad de ir a donde quisiera. En mi opinión y por experiencia, diré que de entre todos los parques que he visitado, Disneyland es, sin duda el más “infantil”; más para niños menores de doce años que para adolescentes o adultos; ya que, a excepción de tres o cuatro atracciones que pueden considerarse “fuertes”, el resto son paseos en barca, en tren, laberintos,...La decoración, muy realista, te recuerda los escenarios de las películas más famosas de la empresa cineasta, como Aladín, Peter Pan, Pinocho, La Bella Durmiente, Piratas del Caribe, Blancanieves,...

CASTILLO DE PRINCESAS



SON COMO LOS JARDINES DUFF



¡AL ABORDAJE, PETER PAN!



A VER SI ENCONTRAMOS AL GENIO DE LA LÁMPARA



SALIR DEL LABERINTO DE ALICIA NO VA HA SER NADA FÁCIL



ES COMO ESTAR EN UNA PELÍCULA DE CLINT EASTWOOD



EDDIE MURPHY NO SE ATREVERÍA A ENTRAR A ÉSTA



EL ORGULLO DE DISNEYLAND, EL SPACE MOUNTAIN



Comimos en los muchos restaurantes que había dentro (como el Hakuna Matata, el Blue Lagoon Restaurant o el Lucky Nugget Saloon); sin embargo, la cena fue en las instalaciones externas, donde había otros, también famosos, como Pizza Planet, Foster Hollywood o Planet Hollywood (donde comen las estrellas de cine).

Tras la cena nos dispusimos a regresar a España. Cansados, extenuados pero contentos, porque ahora teníamos el recuerdo de un viaje que nadie podía quitarnos.

NUESTRA TRAVESÍA HABÍA FINALIZADO

JAIME ANTÓN GONZÁLEZ